Netanyahu en el poder, de nuevo

LA VANGUARDIA, Editorial, 21.02.09

TAL como estaba previsto tras los resultados electorales del pasado 10 de febrero, Israel se dirige hacia un gobierno de coalición de la derecha con el apoyo de la ultraderecha, formado por el Likud, el Israel Beitenu y los partidos religiosos, que suman 65 escaños de los 120 de la Kneset (Parlamento). El presidente Shimon Peres encargó ayer a Benjamin Netanyahu la composición del ejecutivo, después de fracasar en su intento de un gobierno de unión nacional del Likud con el centrista Kadima y los laboristas. El nuevo gobierno convierte los planes de paz con los palestinos en papel mojado y la Administración Obama deberá emplearse a fondo si quiere imponer sus soluciones en Oriente Medio.

Era demasiado pedir un gobierno de unión y el veterano Shimon Peres lo sabía. Precisamente, el Kadima que dirige Tzipi Livni --ganador de las elecciones por el escaso margen de un escaño sobre el Likud-- nació en el 2005 de una escisión de este último partido a causa del debate surgido en torno al plan de evacuación de la franja de Gaza, como paso previo al futuro reconocimiento negociado del Estado palestino que propuso Ariel Sharon. Netanyahu se opuso rotundamente al plan y el partido de la derecha israelí se rompió en dos.

En las elecciones del 2006, el Likud de Netanyahu sufrió un fortísimo varapalo, y fue el neonato Kadima, de un Sharon desaparecido políticamente por el accidente cerebral que le mantiene en coma, el que pasó a dirigir el país en coalición con los laboristas. Pero el fracaso de la guerra de Líbano contra Hizbulah, en el verano del 2006, desacreditó gravemente al gobierno. Un castigo que ha aumentado por el

aferramiento al poder de Ehud Olmert, con un índice de popularidad por los suelos por las repetidas acusaciones de corrupción. Bastante hizo Livni ganando las elecciones hace diez días, triunfo al que seguramente no fue ajena la acción bélica israelí contra Hamas en Gaza. Una victoria que no le sirve para gobernar, pero sí que la coloca en posición de ganar las próximas elecciones que podrían adelantarse. Porque la coalición que con toda probabilidad formará Netanyahu difícilmente se asentará sobre una base sólida. No sólo porque únicamente tendrá, en el mejor de los casos, cinco escaños de margen, sino porque la experiencia dicta que el apoyo de los partidos religiosos siempre resulta inestable.

Además, está el precedente del gobierno de Benjamin Netanyahu, entre 1996 y 1999, durante el cual se resistió a poner en práctica los acuerdos de Oslo, dio vía libre a los asentamientos judíos en Cisjordania y Gaza, lo que provocó la violenta respuesta de los palestinos, y causó un cisma en el ejército israelí, cuando 1.500 oficiales en la reserva, entre ellos 12 generales, le reprocharon en una carta su política de halcón con los palestinos. Finalmente, muy desacreditado y bajo la alta presión de la Administración Clinton, tuvo que asumir el repliegue de Hebrón y perdió apoyos hasta verse obligado a adelantar las elecciones para perderlas.

Evidentemente, el Israel del 2009 no es el de finales de los noventa. Pero tampoco lo son sus vecinos. El presidente de la Autoridad Nacional Palestina (ANP), Mahmud Abas, ya ha advertido que no tratará con el gobierno israelí si no se compromete seriamente en el proceso de paz que prevé los dos estados, algo que ni Netanyahu ni sus socios aceptan. Por tanto, no es descabellado pensar que las relaciones entre Tel Aviv y Washington inicien una etapa convulsa.